

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " " " " " " " "	1 pta.
100 " " " " " " " " " " " "	5 " "
500 " " " " " " " " " " " "	25 " "
1000 " " " " " " " " " " " "	50 " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Cuestión de método

Pues señor, que llegó mi Padre cuaresmero allá por el año 70 del siglo pasado a predicar como Dios manda en un pueblecito de Andalucía, donde un centro obrero hacía estragos. En la maleta llevaba buenos libros, entre ellos el ensayo de Donoso, que era entonces de lo mejor, una buena Economía Política, la Biblia, la Teología, etc., etc.

—¿Qué traerá aquí este tío?—se preguntaba el chiquillo que le llevó la maleta a casa del Padre cura.—¿Pos no pesa esto más que er promo?

—Padre,—le decía el anciano Párroco al cambiar impresiones— a ver si arregla usted esto, porque está perdido. A la Iglesia ni un alma; al centro obrero disparando a bala rasa contra la religión, y el inconveniente mayor es que son más brutos que arados. ¡Dios le asista a usted!

El primer sermón, de la ceniza... ¡Polvo eres y en polvo te has de convertir! Fué poquísima gente, los de rúbrica. D. Pablo Céspedes en un banco luciendo su coruscante calva y dando cabezadas tremendas. Igualmente dormido, como un lirón, el hermano mayor de la Hermandad del Santísimo, el tío Juanico, que soltaba de cuando en cuando un tremendo ronquido, lo cual a nadie llamaba la atención; y dormidas, finalmente, las docenas de viejas, que con el calorcito de las esteras, el run run del Rosario y el sonsonete del sermón se habían quedado todas frititas.

Al P. Predicador se le cayeron los palos del sombrero. Salió de allí y vió el cafetín lleno de hombres, a los más ricos en un recién inaugurado casino, y sacó la impresión de que ni San Pablo sacaba nada de aquel pueblo. ¿Qué se le decía a un pueblucho que tenía por toda diversión cafetines y tabernas, por ciencia y estudio los periódicos más endemoniados y una estupidez borrical en el fondo de su alma de cántaro?

¡Y qué lástima! Al decir misa al siguiente día se quedó el Padre asombrado. Un templo de estos de tránsito entre el mudéjar y el ojival que daba el opio; unas esculturas que se llevó media mañana lelo contemplándolas; unos azulejos, prodigios de cerámica; unos dos o tres cuadros, barajados con otros infames, que tuvo que reconocer encaramado en una escalera, no sin antes limpiarlos para verlos, y que le llenaron de admiración; unos portalámparas de hierro forjado, que los hubiera arrancado de buena gana; y una cena pintada por la parte de adentro de la puerta del Sagrario, que le hizo llorar, maldecir de la brutalidad de los pueblos modernos, salvajes ante la religión, el arte y el sentido común. La criada del cura, una vieja más enjuta que un espárrago, tuvo que venir a llamarlo y a preguntarle que si acostumbraba a comer.

Decidió, mientras almorzaba, predicar por ejemplitos, casi contando cuentos. En las células de aquellos cerebros no cabía una idea medio regular.

Soltó el viernes sus ejemplitos y don Pablo se despertó, el tío Juanico dejó de roncar, al cura se le cayeron las gafas de tanto reirse, las viejas y las nuevas salieron pregonando que el Padre tenía la gracia por arrobas. El domingo media iglesia estaba llena; a mediados de semana había que tomar la iglesia por asalto.

—Para el domingo ¡atención, señores! nuevo proyecto de mandamientos de la ley de Dios....

—¡No arrempujál!

—¡Jate p' allá, so asaural!

—¡Que m' has pisao los callos, so malasangrel!

—¡Hija, y qué mujé, que paese una fragata!

—¡Ay, mare mía e mi arma, que a esa chata le jiede el aliento y me va a asesinar a mí esta noche!

—¡Silencio! ¡Orden!—gritaba el cura, desde las barandillas del presbite-

rio, pretendiendo apagar aquel ruido de mil diantres.

—¡Mialo, ya sale! ¡Olé ahí los Padres gitanos!—decían todos, mientras el sacristán tecleaba en un órgano descompuesto una pieza de... empedrado de chicharrones.

Ultimamente hubo que levantar el campo por mandato del Padre y salirse a la plaza. Decía él que ni su sermón, ni el método sentaban bien en el templo.

—Hermanos míos. (Codazos, si seos para hacer silencio.) Una de estas noches he tenido una inspiración. San Pedro bendito se llegó a mí y me dijo: Anuncia a este pueblo, que pues los mandamientos de la ley de Dios ya no los guarda nadie, es menester darles otros nuevos, con la condición de que ellos se han de comprometer a guardarlos. He consultado el caso con Roma y me han dado autorización para todo.

«Homines et jumenta salvabit Deus»

El primer mandamiento antiguamente era amar a Dios sobre todas las cosas. Este lo vamos a dejar con el segundo y el tercero para lo último. ¿Conformes? Pues bueno.

El cuarto honrar padre y madre. Esto ha sido hasta aquí. Desde ahora pueden hacer los hijos lo que les de la gana. (Rumores: ¡Aaay! general) ¿No estáis conformes?

—¡No, señor! Si es así y no lo podemos aguantá!—gritaron una porción de viejos y viejas.—¿Qué va a ser de nosotros, Padre? ¿Y nuestra vez?

—Dejemos entonces el antiguo, ¿no es verdad?

—¡Zifí!

—El quinto no matar. ¿Lo mudamos?

—¡No por Dios, padre mío.

—¡Cuidado que si lo dejamos, queda también prohibido hacer mal a nadie, vengarse de otros, odiar a los prójimos y por tanto, mandado el perdón de los enemigos. ¡Elegid con tiempo: o la faca o lo que dejo dicho! ¡Quererse y ayudarse como Dios manda, o tragarnos vivos unos a otros! ¿Conformes?

—¡Como estaba antes!
—Sexto, no fornicar: ¿Lo mudamos? Que no respondan nada más que los padres.

—¡Nooo!

—¡Ahora las madres!

—¡Tampoco!

—¡Ahora los hermanos acerca de la conducta de las hermanas!

—Que no.

—¡Ahora las hermanas acerca de sus hermanos.

—¡Ay, no Padre!

—¿Queda por ahí alguien que emita su parecer?

Silencio sepulcral.

—Vamos a otro mandamiento: el séptimo no hurtar. ¡Señores, la gran ocasión de ponernos las botas! Ya no va a haber mío ni tuyo: a comer y cuando se acabe se acabó, y llamamos al sepulturero. ¿Conformes?

Momento de vacilación en el público. Al fin rompe el silencio D. Juan Noguera, un señor cortijero, rojo como un tomate, y precisamente tartamudo: ¡Me.. me.. me jago tiestos, y ostés ispensen, el que que que quía vení por lo mío le le le levanto la tapa e los sesos!

—Cuidado, señores, que si se prohíbe robar se tienen que acabar las injusticias. Los ricos tienen que dar jornal suficiente para vivir y los pobres tienen que trabajar a conciencia, y ante una calamidad o una desgracia todos tienen que dar limosna o ayudarse. Se tiene que acabar la usura; se tiene que cerrar el centro obrero donde se enseña a repartirse lo ajeno. (Rumores) ¿Dajamos el mandamiento como antes?

—Sí, señó.

El octavo, no levantar falsos testimonios ni mentir. ¿Lo suprimimos?

—Ezo es una picata minuta—respondió una comadre que tenía la lengua como una navaja de afeitar.

—¡Cállate so víbora, so embustera...

—gritaron a coro todos los oyentes.—No te hacía farta a tí na más que dieran guita, so bruja.

—¡Orden! ¿Se deja como estaba?

—¡Padre, déjelos V. ya como están!

—Quedan el noveno y el décimo y los tres primeros que los dejamos para lo último. Y sabed que para prohibir matar, robar, calumniar, deshonorar etc., etc., hay que admitir los tres mandamientos y los cinco de la iglesia. Esto es un templo tan bien hecho que quitándole una piedra se viene todo abajo. Hay que amar a Dios por ser Dios y al prójimo por amor de Dios, o resignarse a ser fieras y tratarnos como fieras.

—¡Tiene V. razón!

—¿Hay alguno que no esté conforme?

—Aquí hay un puñao.

—¿Quiénes son?

—Nosotros los gitanos. ¿No se ha fijao V. que estamos fuera e la ley de Dio y fuera de tóos los pueblos?

—¡Hombre, sí, (con mucha sorna)

también están fuera el cólera, las vi-ruelas, las calenturas y hasta la *pelá*, o sea la muerte y el demonio.

* * *

Una explosión de risa acabó con el diálogo y con el sermón que... aunque parezca inverosímil, es real y que no sucede en pueblos de brutos, sino en ciudades civilizadas. Sin ir más lejos, el ex rector de la Universidad de Salamanca, el estrambótico Unamuno, promulgó, como desde un Sinaí, unos mandamientos nuevos en Valencia. ¿Se os habían olvidado, lectores? Pues eso no fué en el siglo pasado, sino en el siglo XX.

FR. CIRO,

Menor Capuchino.

Allá volvemos

—Oiga usted, D. Paciente, ya vuelve otra vez la contribución de la Bula. Si aquí no se puede vivir: por una y otra parte no hacen más que sacarle a uno las tripas.

—¿Qué dices? Sincero; ¿tan gravosa te es esa que tu llamas contribución?

—A mí no por cierto, D. Paciente: si de todas me librara tan fácilmente como de esa...

—¡Ah! ¿de modo que esa contribución no reza contigo? ¿Entonces por qué te sienta tan mal? ¿Siempre habeis de chillar los que menos razón teneis para ello! Pero vengamos a cuentas: ¿por qué no reza contigo esa contribución? ¿no eres tu católico?

—¿Que si soy católico?; vamos, hombre: más que el Papa de Roma.

—Te felicito entonces, amigo Sincero; porque según saco por consecuencia, te vas volviendo muy austero. Ya te estoy viendo el mejor día en un desierto haciendo penitencia como los antiguos monjes.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Pues muy sencillo: Hay una ley que manda a todos los católicos abstenerse de carnes durante toda la cuaresma, así como todos los viernes del año y otros muchos días; de esta ley no se exceptúan, (hablo de España) más que los que toman la bula, a no ser que sean pobres; de donde tu que, según dices, eres *muy católico*, y, según digo yo, puedes muy bien tomar la bula, si no la tomas será porque estás decidido a guardar abstinencia todos los días dichos.

—Bueno, bueno; pues no me trae usted ahora malos papeles. Pillar quiero ya la carne que, con bula o sin ella, vava si me lo engullo; y si es jámón o chuletas de ternera, mejor que mejor.

—Pero hombre, por los clavos de Jesucristo, séme consecuente. ¿Es buen ciudadano el que quebranta las leyes sin reparo?

—No por cierto.

—¿Y buen militar el que no cumple las ordenanzas?

—De ningún modo.

—¿Y buen católico el que no cumple las ordenanzas del catolicismo?

Hombre, eso... eso...

—Sí, eso... eso... es discurrir como un guardacantón.

—Pero vamos a ver, D. Paciente: ¿qué tiene de malo la carne para que no se pueda comer todos los días? ¿está acaso envenenada en aquellos días?

—A esto no hace falta contestar, Sincero; porque así como el ciudadano no le incumbe el juzgar de la oportunidad de las leyes sino el cumplirlas, así al católico tampoco le toca investigar las razones que tiene la Iglesia para imponer este u otro precepto, sino cumplir los que imponga. Podría exponerte las poderosas razones que tiene para ha-

cer esta prohibición, pero no hay tiempo ahora para ello. Solo me permito hacerte a mi vez esta pregunta: ¿qué tenía de malo la fruta que comieron nuestros primeros padres en el Paraíso?

—No debía de tener nada, D. Paciente, porque a Eva le pareció muy rica y muy sabrosa.

—Así es verdad, Sincero; y no obstante ya ves los daños que a todos causó el haberla comido.

—Bueno, pero es que comiéndola faltaron al precepto que Dios les había impuesto, y de ahí vino el castigo.

—Convenido; y tú, si comes carne sin bula en los días que está prohibido, faltas al precepto que te ha impuesto la Iglesia en nombre de Dios, y de ahí te vendrá el castigo.

—Yo lo que sabré decir a usted, don Paciente, es que conozco a muchos que, sin tomar bula aunque puedan tomarla, comen carne cuando se les entoja. Y si viera usted qué bien aprovecha...; algunos de ellos tienen más barriga que Sancho Panza.

—Tienes mucha razón en esto; y aun te digo que los que así lo hacen son más de los que tu piensas. Todos los perros que hay en el mundo comen carne sin bula, aunque sea en Viernes Santo, si la pueden topa; y no creas que les hace daño. A no ser que tal panzada cojan...

—Eso es intolérable, D. Paciente; pues es nada menos que compararnos con los perros.

—Séalo; pero no soy yo quien os comparo, sois vosotros que, para ver si una cosa os es licita o no, solo atendeis a si con ella se engorda o se enflaca. ¿Es distinta de ésta la ley de los perros? ¡Miserables! Además de un cuerpo que engordar, ¿no teneis un alma que salvar? Y si por engordar aquel que han de comer los gusanos perdeis esta eternamente ¿no habeis obrado como insensatos?

(El Candil del Hogar)

¡Lourdes!

—Chacho, ¿qué será tanta gente como viene por allí con velas encendidas... y a estas horas, y lloviznando que está? Será el entierro de la sardina que se habrá anticipado este año?... Parece que cantan algo así... religioso... sí, debe ser el entierro de la...

—Déjate de eso del entierro de la sardina, profanación repugnante que ninguna autoridad digna debe consentir; no se trata en eso que ves de ninguna manifestación de borrachos sin vergüenza. ¡Es la «procesión de las antorchas», es una manifestación piadosa por el estilo de las que con frecuencia se celebran en Lourdes, aquí verificada hoy, fiesta de la milagrosa imagen, por primera vez. ¡Lástima que esté así la noche; hubiéramos tenido el consuelo de presenciar uno de los actos públicos más conmovedores de nuestra sacrosanta religión.

—Desde luego la procesión a estas horas y en esta forma es imponente y habla al alma, aun de los indiferentes como yo. ¿Cómo no fuiste tú, tan amigo de cosas de iglesia?

—Ya lo ves, salí tarde de mis ocupaciones. Está entrando ya.

—¡Como luce la imagen en esa gruta! Debe pesar de firme, no se

cómo esos cuatro jóvenes pueden con ella.

—Son jóvenes de fe y la fe da fuerzas para todo. Fíjate sino en el entusiasmo con que llevan a hombros la Virgen veneranda. De acciones así debe enorgullecerse el hombre, no de actos que van contra su propia dignidad y el recto sentir.

—Ya, ya. Lo que vienen cantando los hombres y las mujeres recuerdo haberlo oído de niño.

—Es muy popular.

—Y tierno. ¡Quién tuviera la piedad de estas gentes para sentirlo como lo sentirán, sin duda.

—Nada hay que proporcione más puros goces que los actos todos de la Religión de Cristo, que la devoción a la Reina de los ángeles.

—Caramba contigo, pareces un predicador... Oye, oye...

De luz rodeada
Y eterno esplendor
La Reina del Cielo
Así apareció.

Yo soy la hermosura
Que a Dios cautivó,
Yo soy toda pura
En mi Concepción.

Ave, Ave, Ave, María.

—Vuelvo á repetirte ¡quién tuviera fe, para ser feliz como esos devotos...

—Mira, aquí para entre los dos. Renuncia al vicio que te domina... ya sabes... y empezarás a tener fe.

—...No puedo... no puedo... si... soy muy desgraciado... Háblame más de Lourdes, tú que sabes de esas cosas.

—Hace dos años próximamente me encontraba yo en Lourdes con mi mujer, y tuvimos la dicha de presenciar una procesión de las antorchas verificada por varias peregrinaciones de muy lejanas tierras y se cantaba esto mismo por una multitud de miles de personas, aunque de diferente nacionalidad, unidas por el mismo sentimiento, y cantando se lloraba de entusiasmo. Aquel acto era tan sublime que no se deja describir. Si lo hubieras presenciado como yo, como yo hubieras caído de rodillas exclamando: «¡Madre mía, qué hermosas son las cosas que hacen pensar en el Cielo!»

—¿Presenciaste alguno de esos milagros que dicen se verifican allí frecuentemente?

—Presencié dos al paso del Santísimo Sacramento: el de una pobre parálitica, declarada incurable por la ciencia y el de un volteriano que llorando se postró de rodillas diciendo a grandes voces: «Creo Señor y Dios mío, creo en Ti». Este me conmovió más que el otro, pues he de advertirte que el tal incrédulo dijo no traía a Lourdes más propósito que el de la curiosidad de *tourista*.

—Verdaderamente el caso es prodigioso.

—Casos prodigiosos, milagros, los hay allí siempre. La ciencia los examina y no puede por menos de reco-

nocerlo. La incredulidad los presencia... y calla confundida o dice como Zola en una ocasión semejante: «Esto es admirable».

Ya ves que no te acoto con tiempos remotos sino con los actuales, ni con visiones sino con hechos reales, evidentes, perfectamente discutidos y examinados. ¿Hay o no motivos para querer a esta bondadosa Madre de Dios y nuestra?

—Algunos que han estado allá dicen que no presenciaron ningún milagro, y bastantes que fueron enfermos volvieron lo mismo.

—Dios hace el milagro cuando así conviene a su Divina Providencia, no cuando a nosotros se nos antoja.

—Hombre... desde luego... Quien manda manda y cartuchera al cañón. Bien, esto ha terminado y empieza a llover fuerte ¿vámonos?

—Vámonos.

CENIZA

El astro esplendente
que rápido gira,
el monte que al cielo
levanta su cima,
el regio palacio,
la augusta basilica,
el árbol más fuerte;
la flor más altiva,
el hombre, el insecto...
«ceniza... ceniza!...»

Los más gratos sueños,
las más dulces dichas,
los triunfos más altos,
las joyas más ricas,
honor que seduce,
laurel que fascina
trofeos, estatuas,
coronas y cintas,
¿qué son, un resumen?
«ceniza... ceniza!...»

Mortal; que recorres
del mundo la vía,
pisando ora rosas,
pisando ora espinas,
contempla el engaño
que ofrece la vida
y a esferas más altas
eleva tu vista,
¡que es todo en la tierra
«ceniza... ceniza!...»

JOSÉ TOLOSA.

Muerte trágica de un Preceptor blasfemo

En el último número de la *Semana Religiosa de Belley* se publica el siguiente relato:

«Simultáneamente, por dos conductos distintos e igualmente auténticos—el señor Rougamont, párroco de Villete, y el señor Brunet, párroco de San Martín del Fresno, ambos camilleros militares del 7.º Cuerpo en el Aisne—, recibimos el relato del hecho siguiente ocurrido el 24 de Diciembre último, víspera de Navidad, en la misma región en cuyo frente prestan sus servicios militares los dos citados sacerdotes:

Un camillero sacerdote Trapense, fué enviado para suplir la falta de un capellán en el regimiento.

Su llegada excitó el furor de un preceptor

anticlerical que dió expansión a su malhumor diciendo a sus compañeros de trincheras: «¿Para qué necesitamos nosotros a ese cura?... No hay Dios. Si hay alguno, que se presente y rompa este fusil que tengo en mis manos.»

Y uniendo el gesto a la palabra, el desgraciado levantó su arma al aire.

En el mismo instante una bala enemiga llegó, rompió la caja de su fusil, rebotó en el cañón y penetró en el cráneo del blasfemo que cayó muerto instantáneamente en presencia de sus compañeros de trincheras, que quedaron profundamente impresionados.

Evidentemente, es siempre peligroso pretender añadir páginas al *De morte persecutorum* de Lectancio, queriendo ver el dedo de Dios en hechos que pueden ser en absoluto el resultado de una coincidencia fortuita.

Sin embargo, no es menos cierto que cuando, como en el caso presente, ha habido una provocación sacrilega y escandalosa, existen presunciones que permiten creer que la justicia de Dios ha querido ofrecer un ejemplo castigando en el acto al miserable que se atrevió a insultarle y hasta negar su existencia.

Aun en el caso de que por su poca ilustración este preceptor hubiera tenido el espíritu lo bastante falseado para creer, en su fuero interno, que tenía el derecho de oponer su convicción personal de ateísmo contra la creencia general de los espíritus más escogidos de todos los tiempos y de todos los países, ¿no debió comprender que era, por lo menos, inoportuno predicar sus doctrinas deprimentes para destruir en sus camaradas de trincheras la sublime fuerza del sentimiento religioso?

Deseamos que Dios haya perdonado a ese extraviado, cuya especie, por fortuna, es muy rara, y deseamos también que su fanfarronería antirreligiosa no encuentre imitadores en el frente de nuestros Ejércitos.»

HISTÓRICO

Con que el «Alfonso XIII» se perdió totalmente en Santander?

—Sí, señor.

—No me extraña; debía estar muy resentido después del horroroso temporal que sufrió en su viaje de la Habana. Venía yo de pasajero en él y, créame V., fueron dos días que no olvidaré en mi vida. El mar parecía tragarnos en absoluto, el barco era como un débil falucho, juguete de las olas; las pobres mujeres, unas desmayadas por el terror, otras implorando al cielo; la marinería valiente, eso sí, pero yo con el revólver cargado en disposición de pegarme un tiro en cuanto viera lo irremediable... ¿No haría V. otro tanto?

—¡No! Gracias a Dios, tengo ideas cristianas y sé que el atentar contra nuestra vida es pecado mortal.

—En aquellos terribles momentos quisiera haberle visto a V....

—No dudo que el caso es para trastornar a cualquiera y sólo con la pérdida de la razón podría comprenderse tal disparate, pero en sano juicio somos responsables de nuestros actos; por lo mismo, si malo era morir ahogado, incomparablemente peor sería el ir para la otra vida inmediatamente después de habernos quitado por nuestra propia voluntad la que

aquí nos prestó Dios para servirle. El sufrir del ahogado es de poco tiempo, el del réprobo es eterno; ya ve usted si es disparate lo que V. intentaba hacer.

—Ríase V. de esas teorías...

—Sería la risa del necio ante verdades tan comprobadas y evidentes.

¡Extraño es que después de veinte siglos de cristianismo aún haya que hablar así a muchos cristianos!

SECCIÓN AGRICOLA

Destrucción de orugas

Entre los distintos medios para su destrucción, se recomiendan los siguientes:

1.º Tratándose de las *procesionarias* o especies análogas, se corta la rama que las contiene, eligiendo tiempo frío o al día siguiente de uno de lluvia fuerte. Los nidos se encuentran en los árboles en Febrero y Marzo.

2.º Se planta verticalmente junto al árbol una vara de dos o tres metros, en la que se reúnen las orugas,

3.º Para las orugas en las huertas se puede regar con una solución de una parte de hollín y 30 de agua de jabón.

4.º Se preservan los árboles de las orugas de las plantas próximas trazando en el tronco, a 30 centímetros del suelo, una faja con alquitrán. También es un buen preservativo una faja de lana arrollada al tronco.

5.º Las orugas en los árboles frutales se destruyen colocando bajo el árbol un brasero, en el que se quema un poco de resina y azufre en polvo. El humo desprendido las mata. Se opera en días de calma.

6.º Los espárragos suelen estar infestados por una oruga pequeña que hace se sequen. Se sacuden los tallos con una vara: las orugas caen al suelo, donde mueren. Se repite la operación cada ocho días.

7.º La solución al 1 por 100 de *dinitro-ortocresol* basta para destruir un nido de procesionarias en doce o veinticuatro horas. La solución al 1 por 100 mata los dos tercios de las orugas en el mismo intervalo: el tercio restante muere a los pocos días. En general basta una solución al 1 por 100 para librar a los frutales de orugas y otros insectos sin alterar la planta. Se aplica por aspersión a las hojas y regando la tierra con seis o siete litros de la misma solución.

Charla

—Mira, mira. «Con la vara que mides te medirán».

—¿Qué es ello?

—Escucha que voy a leértelo. «La escandalosa historia de la liquidación de los bienes eclesiásticos cuando la expulsión de las Ordenes religiosas, en Francia, se repite ahora con los bienes del Estado, no obstante las amarguras y desolación porque atraviesa aquella república con motivo de la espantosa guerra. No son solamente los agentes que operan en los países neutrales para allegar elementos de vida de que la guerra les ha privado, los que arman trampas y agios, sin más conciencia ni patriotismo que el lucro propio. La prensa de París nos habla ahora de un oficial de la Legión de Honor, antiguo jefe de la secretaría del célebre ex ministro Caillaux, actualmente tesoroero pagador general del Ejército M. France Desclaux, acusado de enviar grandes bultos conteniendo géneros y efectos propios de la Intendencia militar a una señora que dirige uno de los comercios más lujosos de París. Estas sustracciones o cambios de destino parece que venían sucediendo desde el comienzo de las hostilidades y por el tal Desclaux, el hombre de la confianza de la Francia oficial para pagar al Ejército».

—¡Chico, esto da asco!

—Son virtudes del anticlericalismo, ¡y aun hay quien se gloria en llamarse anticlerical.

—Si, para mejor hacer mangas y capirotes del prójimo. Pasa a otra cosa.

—«Los eternos protestantes». Los anticlericales españoles han protestado contra la demolición en Bruselas, por los alemanes, de la estatua del gran criminal Francisco Ferrer y Guardia.

—Fíjate en las ridículas contradicciones en que incurren esta gente del hampa. Creyendo haber sido demolida por los alemanes la catedral de Reims, protestaron indignados contra tan inconcebible crimen artístico, y ahora al ser, de verdad, demolido el monumento a Ferrer, el destructor de iglesias y conventos, el autor, de mil y mil barbaridades vergüenza de pueblos civilizados y cultos, protestan también, como protestaron ayer porque nuestras tropas iban a la guerra en Africa y protestan hoy porque no van a la guerra en Francia. No tardando mucho, los hemos de ver protestar contra el buen tiempo por ser bueno y contra el mal tiempo por ser malo.

—Son unos desequilibrados.

—Como a tales hay que tratarlos.

—¿Qué dice ahí de «60.000 pesetas para la Buena Prensa?»

—No va con EL AMIGO DEL POBRE; se trata de un insigne católico soriano, don Eusebio García y Sanz, que falleció en Madrid el 20 de Mayo de 1914, a los 56 años de edad, y que dejó consignadas en su testamento 5.000 pesetas para «El Correo Español», 5.000 para «El Siglo Futuro» y 50.000 para la suscripción nacional a la gran obra de la Buena Prensa.

—¡Bien empleadas están estas pesetas!

—¡Admirablemente! Este buen señor demostró conocer bien a dónde deben hoy dirigirse con preferencia nuestras energías y recursos.

—Si te hubiese tocado a ti un *pellizquete* de esas donaciones... ¿qué harías con EL AMIGO DEL POBRE?

—¡Vaya, vaya, no me engolosines! Como no me ha tocado para qué planear castillos sin cimientos?

—Hazte cuenta que ya tienes los cimientos; ¿cómo sería tu castillo?

—Pero hombre... ¡ten compasión de mil Buenas ganas tienes de que te repita lo que dije muchas veces.

—Me calló entonces.

—Sí, te lo agradezco y vamos a preparar el próximo número.

—A trabajar, pues.

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido el Catálogo de las obras que componen la «Galería dramática» del *Correo I. Josefino* y creemos vale la pena que lo conozcan y consulten cuantos se vean en el caso de organizar veladas literarias o dramáticas. Lo facilitarán en el Colegio de San José (Tarragona) Tortosa.

Correspondencia administrativa

Sres. D. J. V., de Oviedo y D. R. C., de Arganda.—Pagaron a fin Enero 1916.

Sr. D. J. de la R.—Bolaños de Campos.—Pagó a fin Octubre 1915.

Sr. D. C. F. V.—Merilles.—Id. fin Noviembre 1915.

Sr. D. B. S. G.—Ujo.—Id. fin Febrero 1916.

D. F. F. de la Fábrica de Armas de Oviedo, y don A. A. de Madrid nos han enviado un número de los pedidos por nosotros. Muchas gracias.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS

es el

RECETARIO DOMÉSTICO

del Ing. Ghersi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sanguinés.—Gijón

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; piezas inutilizadas se sustituye por otra, evita este sistema las encarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

PAÑOS Y NOVEDADES LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.